

## **El cataclismo inefable**

Después de un riguroso análisis presupuestal, y constatando que la tecnología disponible era suficiente, se decidió enviar a la primera flotilla en cruzar los límites de la galaxia. Recoger los fondos necesarios no fue una tarea fácil. Se necesitó de un crecimiento económico impensable para las generaciones pasadas, además de la aceptación unánime de los líderes globales. Asimismo, se requirió de las mejores mentes del momento trabajando juntas, a pesar de las barreras culturales e ideológicas. Al cabo de 10 años se consiguió tener todos los preparativos listos para el tan esperado despegue. La tripulación que se eligió consistía en 7 expertos dotados de las más altas cualidades intelectuales y fisiológicas. La duración total del viaje fue de 30 mil años, pero gracias a la sofisticada tecnología de hibernación cuántica se consiguió que para la tripulación el envejecimiento corporal fuese de tan solo 30 días.

Cuando el sistema de inteligencia de la nave detectó un estimado de llegada de 2 días al destino, fueron despertados los viajeros. Un día entero fue necesario para adaptarse a las nuevas condiciones climáticas del sistema planetario al que llegaron. Sin embargo, sus trajes contaban con amortiguación térmica, lo cual facilitaba la aclimatación a un ambiente el cual, según sus estimaciones, solo podía privilegiar las formas de vida basadas en carbono.

Tras atravesar la atmósfera de este pequeño planeta azul, pudieron constatar que lo que daba este color tan característico al planeta era un compuesto líquido basado en hidrógeno y oxígeno, el cual rodeaba unas plataformas de color verde con un tipo de vegetación fotosintética. Todo indicaba, como se esperaba, que la vida inteligente podría prosperar en dicho ambiente. Al aterrizar, la carga gravitacional afectó de sobremanera a algunos tripulantes, quienes tuvieron que recurrir a un tipo de pastillas que regeneraban la energía al instante.

Se encontraron entonces con un mundo rico en oxígeno, con multitud de especies acuáticas, terrestres y aéreas. Todas formaban un perfecto equilibrio ecosistémico que fue rápidamente modelado por la tripulación. Encontraron animales bípedos que se valían de sus extremidades superiores para surcar los cielos azules, otros que a cuatro patas conseguían velocidades sorprendentes sobre las superficies planas, y criaturas microscópicas en el líquido azulino que producían bastas cantidades de oxígeno. Sin embargo, tras un arduo escaneo a lo largo del planeta por medio de tecnología aérea, no se consiguió evidenciar presencia de especie inteligente alguna.

Fue entonces cuando surgieron dudas acerca de la exactitud de las coordenadas obtenidas. Se revisaron una y otra vez los cálculos, pero siempre arrojaban la misma respuesta: estaban exactamente en el lugar del cual partieron las señales de radio en dirección a su planeta. Solo entonces se empezaron a barajar posibles alternativas a la incógnita del porqué aún, esta civilización inteligente, no los recibían con el bombo y platillo que tan extenso viaje merecía. Solo después de unos cuantos días recogiendo datos de este planeta azul, se llegó a la conclusión de que habían llegado tarde. Ya no existía una civilización inteligente.

Un sentimiento de profunda decepción los invadió en un primer momento, para después dar paso a una cada vez más creciente curiosidad. De una manera casi ferviente, se empezó a indagar. Todos creían que descubrir las razones que contribuyeron a la desestabilización de una especie inteligente podía ser de profunda utilidad para su propia especie, y por tanto era de suma importancia existencial develar el acertijo. Un sinfín de alternativas se empezaron a sugerir, dándose especial atención a aquellas plausibles de ser la causa de extinción de una civilización avanzada. Así fue cómo se empezaron a descartar las diferentes opciones.

Primero se pensó en catástrofes de origen natural, algo con un claro potencial de extinción masiva. Se revisaron entonces cambios en las condiciones climáticas o un desequilibrio ecológico. Sin embargo, a simple vista el entorno estaba en perfecto estado, salvo algunos lugares con climas extremadamente fríos o cálidos, donde parecía que no fuese posible la supervivencia de organismo vivo alguno. Pero un examen detallado desmintió esta afirmación, pues algunos organismos, a través de muchas generaciones, lograron adaptarse a estas condiciones sin problemas. Así que se procedió a revisar cuidadosamente los registros geológicos de los últimos 500 millones de años para cotejarlos con los registros fósiles, con la esperanza de que allí se encontraran cambios extremos en el clima capaces de frenar el avance de una especie inteligente.

Al procesar la información recolectada, se encontraron diferentes periodos de extinción de biodiversidad. Sin embargo, ninguna de estas pérdidas de biodiversidad acumulada se situaba en el momento en el que se había calculado que desapareció la especie inteligente. Los datos mostraban que una de esas extinciones habría ocurrido mientras la especie inteligente aún se encontraba en proceso de desarrollo hacia una civilización, lo cual suponía una adaptación efectiva a los desafíos del entorno cambiante que esos periodos requería. Sin embargo, se analizó, muchos de los individuos de esa civilización habrían perecido para lograr la supervivencia de la especie, lo que representaba sin duda un alto nivel de organización social.

Se pasó entonces a la hipótesis de un visitante no deseado, una fuerza exógena capaz de vulnerar las defensas con las que contase la civilización. Primero se sorteó la posibilidad de contacto con una especie interplanetaria hostil. Se descartó en seguida, pues lo absurdo de la idea de que una civilización interplanetaria como la suya, se tomara el esfuerzo de recorrer sistemas planetarios enteros, recorrer distancias astronómicas, con gastos de energía ingentes, solo para destruir otra especie y desaparecer, no parecía muy plausible.

También se pensó en una especie microscópica, proveniente de otro sistema planetario, o quizá incluso endémica del mismo planeta. Sin embargo, por unanimidad y por medio de argumentos para todos convincentes, se decidió poco probable que tal cosa tuviese el potencial de exterminar una civilización. Primero, se pensó en la capacidad de respuesta ante tal situación. Seguramente muchas afecciones con determinadas características propicias para su propagación habrían acabado con infinidad de individuos. Empero, la adaptabilidad de una especie inteligente no escatimaría en recursos para controlar la expansión de un agente patógeno más allá de un límite catastrófico. Y es que se resaltó que una civilización con la capacidad de entender algunas leyes fundamentales del universo

debería poder usar a su favor las características de una especie microscópica. Esto con el fin de detectar esa pieza del puzle genómico con la cual resolver las disputas normales entre especies. Nada por fuera del natural e interminable proceso por la supervivencia. Solo que esta sería a través de medios artificiales que buscaran acelerar lo que, de otra forma, sería inexorable.

La tripulación reflexionó que, aunque el proceso evolutivo no tiene un fin determinado, sí tiene ciertas características descriptibles que privilegian determinados factores genómicos en determinadas situaciones. Así, se pensó, si una especie compite con otra para ocupar un mismo lugar en la cadena ecológica, la especie más apta terminará siendo privilegiada y su descendencia se multiplicará. Sin embargo, como en presente el caso de la especie microscópica, esta no competiría con la especie inteligente por los mismos recursos para su subsistencia, por lo que el proceso evolutivo no será motivado principalmente por la competencia. Como principal objetivo, la especie microscópica buscaría multiplicarse y transmitir su código genético. Por tanto, concluyeron que esto no se lograría exterminando a su organismo de propagación.

El equipo de expertos, entonces, considero que aquellos tipos de microorganismos con potencial altamente aniquilador terminarían su progeñe con el organismo al cual infectaron, pues este moriría al instante y por tanto no permitiría al microorganismo transmitirse. Por el contrario, si el microorganismo logrará adapta de la mejor manera al organismo del cual es huésped, esto significará que lo afectaría levemente, permitiendo que sobrevivieran ambas especies y se multiplicasen. Así pues, todos decidieron considerar que el proceso evolutivo privilegiaría a los microorganismos menos mortales para una especie huésped, y desecharía aquellos genomas que no propenden por la multiplicación y propagación. La tripulación entendió que estos procesos tomarían largos periodos de tiempo, y que probablemente muchos individuos de la civilización inteligente morirían en el proceso, pero esto no significaba que la civilización en su conjunto perecería. Por ello, después de largas horas de extenuante análisis, acordaron descartar el microorganismo infeccioso como potencial agente letal.

El siguiente candidato a hipótesis de extensión que se tenía en la lista era un poco más palpable. Se trataba del altamente probable nacimiento de una conciencia creada a partir cilicio. Si fuese posible, a partir de la correcta disposición de metales, hacer que una maquina pensase, un sinfín de riesgos podrían desencadenarse. La tripulación decidió llamar a este momento de conciencia artificial “Singularidad”, y se postuló que, desde ese momento, el avance de dicha conciencia buscaría expandirse de manera exponencial. Después de que esto sucediese era imposible predecir en qué dirección iría esta inteligencia artificialmente construida. Fue entonces cuando se empezó a sentir entre los miembros de la tripulación un profundo miedo sobre la posibilidad de que algo similar pudiese ocurrirle a su civilización, tan dependiente de tecnología altamente sofisticada.

Las sospechas y la paranoia empezaron a crecer hasta niveles inimaginables, sorteándose con velocidad las diferentes razones que serían suficientes para que una maquina quisiera destruir su civilización. Podría ser que la maquina se saliera de control y que quisieran

desconectarla y por tal motivo decidiera tomar retaliaciones. O que los cálculos que hubiese hecho la inteligencia artificial le indicaran que, para continuar con su normal proceso de expansión, debería eliminar a la única especie capaz de detenerla. O que en un intento por alcanzar la inmortalidad, esta civilización decidiera transferir sus conciencias a la máquina, y que una vez esto ocurriese la conciencia humana se dispersara en una infinitud de números imaginarios, quedando apenas reconocible. Finalmente, uno de los tripulantes, tras una larga reflexión, e intentando calmar los ánimos, dedujo que ninguna de estas posibilidades sería plausible. Todas consideraban en la ecuación a la inteligencia artificial como una inteligencia de tipo biológico potenciada, lo que cual no era para nada el caso. Sentimientos como el deseo de retaliación, o el deseo de expansión, habitan profundamente en el núcleo de los seres vivientes. Un organismo limitado, con un cuerpo y aprendizaje por medio de los sentidos, dista demasiado un organismo posiblemente ilimitado, sin un cuerpo, por medio de aprendizaje acelerado, y con una identidad no determinada.

Entre la tripulación los ánimos empezaron a enfriarse, y pidieron al escéptico que desarrollara más su argumento. Este explico que llamar a la singularidad inteligencia artificial solo podía ser un causante de confusiones. La inteligencia, tal como ellos la conocían, la de tipo biológico, no era posible equipararla con un fenómeno abstracto que no podía predecirse. Un organismo vivo adquiere su capacidad cognitiva por medio estímulos sensoriales que provienen de la experiencia que dicho individuo atraviese. Y por su propia definición, esta experiencia es necesariamente limitada a un espacio y a un tiempo determinados; por su parte, el aprendizaje por datos de una máquina, aunque también se basa en experiencias sensibles del mundo, no cuenta con las limitaciones espaciotemporales de la conciencia de un individuo. Esto implica que no se le pueden atribuir cualidades de un ser limitado (como pasiones y sentimientos) a un ser ilimitado, y posiblemente muy diferente a como comúnmente se piensa que podría ser. Tras esta profundización, todos acordaron que la inteligencia artificial no podría haber sido la causante de la extinción de una especie, pues cualquier motivo que tuviera la máquina para hacerlo se basaría solo en la adjudicación de cualidades biológicas a un fenómeno no-biológico.

Se continuó entonces con una hipótesis que fuera endémica de la civilización. Si la causa de la extinción no se encontraba por fuera de la coraza de una civilización inteligente, blindada al parecer contra diferentes peligros, algunos pensaban que esta causa tendría que encontrarse dentro de la civilización misma. Algún factor que deteriorara el tejido que mantenía unido a los individuos en una red coordina, podría haber sido el causante de haber desencadenado una reacción en cadena que llevara finalmente a la desaparición de la especie.

Primero se pensó en una escasez de recursos que hubiese llevado a una crisis en las condiciones de vida promedio, lo cual llevaría a su vez a la civilización a luchas intestinas por el poderío en la toma de decisiones sobre recursos limitados. Esto podría haber llevado a una guerra con armas de destrucción masivas que no dejaran rastro de ser vivo sobre la faz de la tierra. Sin embargo, aún existían especies vegetando en el planeta, y por otro lado serían evidentes los rastros que dejaría la activación de armas de destrucción masiva. Pero no los había. Así que se procedió a justificar la ausencia de una guerra total recurriendo a

los avances tecnológicos que funcionarían como garantía ante una posible escasez de recursos. Probablemente, se pensó, la especie inteligente estaría perfectamente preparados ante ciclos de desaceleración en los estándares de vida. Seguramente contarían con la capacidad de descubrir el potencial energético que proporciona el átomo para propulsar una civilización y podrían modificar sus alimentos para hacerlos exponencialmente más productivos. A pesar de eso, pensaban, podía haberse dado el caso de una escasez sin precedentes, que llevara a gran parte de la civilización a la hambruna y a su muerte. Sin embargo, esto no sería obstáculo para que algunos individuos, elegidos (o autoelegidos), pudiesen acaparar recursos y de este modo sobrevivir a esos periodos, que, según los registros mostraban, eran cíclicos. Así, se descartó también esta hipótesis.

Se pensó entonces en una hipótesis contraria. Si la civilización lograba una planeación estricta de sus nodos, de forma que la energía disponible se aprovechara de la forma más eficiente posible, y esto lograran un crecimiento constante en los niveles de vida, podría ser que se produjese un cambio de cosmovisión en los individuos de la especie que fuere en contravía de la lógica de supervivencia evolutiva. Así, ante tal abundancia de recursos era posible que su sistema biológico, ajustado tras millones de años de evolución a la escasez y a la lucha por la supervivencia, hiciera corto circuito y simplemente ya no buscara reproducirse más. Esto llevaría en un primer momento a una desaceleración del crecimiento poblacional, para después de un tiempo acelerarse en picada hacia una disminución incontrolable.

Podría ser el caso en que los líderes de esta especie notaran el decrecimiento demográfico, pero que sus esfuerzos fueran totalmente vanos. Entonces llegaría, sin duda, el punto en el que la civilización no lograría mantener sus niveles de vida. A través de las generaciones los avances tecnológicos se olvidarían y el nivel cognitivo decrecería al de sus antepasados, para finalmente poder recibir el golpe de gracia causado por un ciclo de escasez en los recursos. Sin embargo, se comprendió que, ante tan alto nivel de vida causado por una civilización planificada, muy seguramente el crecimiento poblacional no se dejaría a discreción de los individuos. Incluso es probable que se les hubiera exigido aportar una cuota periódica de material genómico a los individuos con las cualidades sociales más deseadas para así, por medio de inseminación artificial, crear a voluntad el número de descendientes de su preferencia. De esta forma, una hipótesis más fue descartada.

En el ambiente se empezaba a sentir altos niveles de incertidumbre e impotencia. Aunque el grupo de expertos había probado las posibilidades más probables de desaparecer una especie en su totalidad, ninguna los satisfacía en lo más mínimo. Cada una de las hipótesis de agentes exterminadores contaba con una defensa por parte de la civilización para invalidarla. Y es que toda la tripulación afirmaba que no se podría esperar menos de una civilización inteligente, algo que en la historia del cosmos era sumamente improbable y, por tanto, cualquier riesgo existencial que los amenazara habría tenido que ser abordado con la mayor cantidad de esfuerzos posibles, hasta ser efectivamente neutralizado. Sin embargo, este no era el caso. Aquel riesgo, desconocido, logró franquear las murallas que había levantado la civilización, se había escabullido y había logrado interrumpir el progreso natural de la especie hacia a su siguiente fase: la interestelar. Entre los miembros de la

tripulación el ambiente era de creciente tensión y angustia. Las nuevas hipótesis se descartaban tan pronto llegaban, pudiéndoseles ocurrir ahora solamente casos específicos de riesgos macro que ya habían analizado.

Era como si esta especie inteligente hubiese estado deambulando demasiado tiempo cerca del borde un abismo resbaladizo e inestable, sin siquiera saberlo, y a cada paso que diera estuviese a punto de caer al vacío insondable. Hasta que por fin su vértigo acumulado explotara de un momento a otro, y de repente ocurriera lo más lógico. Ya no se estaba apoyado en ninguna superficie que le diera soporte. Entonces el tiempo se extendería inabarcable y el funambulista se sentiría levitar, sentiría que su cuerpo flota sobre una nube que lo sostendrá para siempre. Luego le llegará la certidumbre de que caerá al fondo, su mente pasará en instante de un estado de relajación y confianza a un estado de perturbación profunda y se percibiría fuera de sí. Ahí es cuando siente la poderosa fuerza de atracción de la gravedad, empieza a mover los brazos y las piernas con desesperación, e intenta agarrarse del viento sin éxito. Una profunda inhalación causada por un espanto extremo le entrecorta el aliento. Sale un grito desgarrado. Caen.

La tripulación no salía de su asombro. Ni los datos empíricos ni el razonamiento, y menos una mezcla de ambos, conseguía darle una explicación satisfactoria al acertijo. De hecho, algunos de los expertos se sentían cada vez más convencidos de que la especie inteligente había literalmente desaparecido de la faz del planeta. Que habían llegado tarde, incluso, para resolver el problema de su desaparición. Era en definitiva una aporía: una paradoja o contradicción lógica insuperable. Fue entonces cuando los niveles de paranoia alcanzaron un extremo. Se sospechaba de cualquier enemigo silencioso y oculto. La tripulación sintió miedo por su propia especie, miedo de que el caso que estaban investigando se repitiera, y que irremisiblemente esto les ocurriría a ellos mismo. El terror más grande del que se tenga conocimiento se apoderó de todos: el miedo a lo desconocido. Cuando el enemigo es claramente perceptible se tiene una esperanza de poder eludirlo, aunque no sin cierta dificultad. Pero qué hacer cuando lo único cierto es la incertidumbre sobre de cuál dirección vendrá la próxima amenaza. O qué tan sigilosa acechará para finalmente atacar a toda velocidad.

A pesar de este desánimo extendido, los tripulantes empezaron a sentir que atrapaban con ambas manos algunos indicios. Tenían claro, por lo menos, que no debían dedicar más esfuerzos a analizar los mismos riesgos existenciales una y otra vez. Debían dedicarse a analizar riesgos más sutiles, más etéreos y abstractos. Riesgos que a simple vista no lo son, que llegan como pequeños fenómenos triviales, pero que en el fondo tienen un poder catastrófico imparables. Comprendieron entonces que solo aquellos riesgos que se pasan por alto son los que peores resultados pueden generar a una civilización. Que cuando se estudian e investigan con rigurosidad son incluso predecibles, y por tanto prevenibles. Que la gran herramienta que el cosmos les ha entregado a las civilizaciones para defenderse ante la incertidumbre es la continua curiosidad y esa ambición por querer aumentar el conocimiento y entendimiento de aquello que más pavor les ha generado a lo largo de su historia: lo desconocido.

